

XVIII Domingo del Tiempo Ordinario (01-08-21)
Homilía de Monseñor Carlos Castillo
(Transcripción)

Reunirnos hoy día para concluir este año que celebra el Bicentenario con el Centenario de nuestra querida Basílica María Auxiliadora, es un acto de retoma del sentido de las cosas, del sentido de por qué nosotros podemos pensar en vivir nuestra Iglesia como un signo del amor de Dios que no solamente comparte el pan, sino que también comparte las cosas más sutiles que tenemos, el poder tener un ambiente adecuado y precioso para compartir ese pan, tratando de escrutar que el signo del Señor de darnos de comer apunta a algo mucho más grande.

En efecto, el día de hoy en el Evangelio (Juan 6, 24-35), el Señor trata de ayudar a su pueblo que lo busca como rey y lo busca ansiosamente. Todos los pueblos necesitan una dirección y buscan ansiosamente tener una estabilidad. Y en esa búsqueda el Señor les hace recapacitar pensando en que las búsquedas desesperadas de comer a cualquier precio, de poseer a cualquier precio algo que dé seguridad, no es suficiente. Somos hijos de Dios creados a su imagen para participar de su amor, detrás de nuestros deseos, nuestras ansias, nuestras ambiciones inclusive e intereses, se esconde la búsqueda de Dios que es mucho más grande.

El Cardenal Carlos Maria Martini también de Turín, jesuita pero de Turín, del mismo pueblo y de la misma ciudad de Don Bosco, decía que para la vocación sacerdotal y religiosa se necesitaba gente muy apasionada. Y normalmente decía que los apasionados son para Dios, porque son tan apasionados que no pueden satisfacerse con las cosas inmediatas. Su pasión es tan grande que se abre a las dimensiones más sutiles de la vida. Y el Señor quiere educar a su pueblo, quiere que con ese apetito voraz de poder inclusive engullir el pan, el pueblo sepa que somos así porque somos hechos para Dios. Y por lo tanto, solamente Dios puede satisfacer los grandes anhelos que, si sabemos acogerlo en nuestro corazón y en nuestro ser, entonces también encontramos los medios para encontrar el

pan en la tierra. Pero si no profundizamos en aquello que deseamos, nos hacemos un ídolo que finalmente nos sumerge en el hambre.

Hoy es un día muy importante por eso, porque los salesianos y las salesianas pensaron que era no solamente necesario que desarrollaran todas las obras que han desarrollado por los jóvenes. Hace un ratito el padre Dal Ben me ha mostrado, por ejemplo, la última obra que es el acoger a los jóvenes que están realmente sin ninguna condición de formación y de trabajo un lindo lugar para acogerlos. Son las obras de caridad que siempre hemos conocido, especialmente en los jóvenes que tanto los hermanos como las hermanas han hecho, acompañándolos y haciéndolos crecer. Pero justamente el sentido de la ayuda y el servicio, el sentido de la caridad, el sentido del compartir el pan, no puede existir si es que no es realmente algo que se comparte, no es simplemente algo que se consume.

Cuando en la Iglesia, hace años, la hermana Rosa se apresuraba junto con el Cardenal Landázuri a constituir ese comedor en el lugar donde ahora está el Arzobispado - ojalá pudiéramos reestructurarlo nuevamente para que sea lo que fue - se veía que mientras la hermana Rosa se dedicaba denodadamente a trabajar por hacer una obra de caridad, esa obra de caridad no solamente fue de un repartir las cosas, sino como dijo el Papa la semana pasada y hoy lo ha repetido, era para compartir y para incentivar en toda la gente la capacidad de la sutil solidaridad. Digo sutil porque nosotros ahora tenemos un templo en donde compartimos la Eucaristía, pero venimos a compartir la Eucaristía justamente para ser plenamente personas. Y la Iglesia quiere un pueblo lleno de creatividad, de personalidad, de vida, de cariño, de relaciones pacíficas, de tratamiento, de formación, de capacidades desarrolladas a plenitud en toda la gente. Y Jesús, por eso, cuando le preguntan: ¿Qué obras tenemos que realizar para trabajar como Dios quiere? Él les dice: “No, es una sola cosa que hay que hacer, acogerme, porque yo soy el Pan enviado por parte de Dios para que haya pan en el mundo”. ¿Cómo puede haber pan en el mundo entonces para

solucionar el problema del hambre? Acogiendo el amor gratuito de Jesús para irradiarlo en la humanidad y hacer como dice la Virgen María, María Auxiliadora: “Derribó los potentados de sus tronos, encontró a los humildes, a los hambrientos los llenó de bienes y a los ricos los dejó con las manos vacías” - no porque les haya quitado la plata de los bolsillos, sino porque abrieron la mano, porque compartieron su ser con los demás, porque se equilibraron las cosas - Y hoy día, en este momento difícil que vivimos, que no ha sido tan alegre como hace 100 años, es un momento difícil, complicado, necesitamos comer el Pan del cielo que es Jesús para adquirir nosotros las características de Él y aprender a tratar las cosas con prudencia, con orden, con capacidad de apertura, de reconocimiento, saliendo de los sectarismos, de los enconos y abriendo el corazón.

Somos hechos para lo sutil. Antonio Machado decía: “yo amo a los mundos sutiles, impávidos y gentiles como pompas de jabón”. Esta belleza que tiene este templo nos hace no solamente compartir el pan, sino saber que estamos en un lugar en donde los salesianos y las salesianas quisieron que sintiéramos que somos acogidos, queridos y nos dieron lo mejor de sí. Casi todos los pintores, los escultores, los artistas, los arquitectos que hicieron este templo, tenían una relación muy estrecha con la cultura italiana, algunos de ellos eran italianos. Y justamente una de las cosas más lindas del pueblo italiano es su culto de la belleza, y en algún momento se decía en estos años que “la belleza nos salvará” y necesitamos aprender la belleza del amor de Cristo que en toda su desnudez y hondura, en toda su tragedia, nos mostró la belleza de su amor renunciando a presentarnos un Dios que se venga de sus enemigos, quedándose en la Cruz por decisión libre, porque podía haberse bajado de la cruz y vengarse.

Repito la frase del Papa Francisco, que Jesús se quedó clavado en la Cruz no por la fuerza de los clavos, sino por la infinita misericordia del Padre que Él nos quiso comunicar, para que no tuviéramos dudas de que, incluso en la peor adversidad, en la peor situación injusta y mortífera, Dios nunca nos abandona y siempre

hay una esperanza que hay que buscarla juntos, hay que abrirse a ella. Y tenemos esa capacidad de buscarla porque la alimentamos con la Eucaristía, nos nutre en la capacidad de ver lo que nadie ve, anunciarlo y hacer lo posible para que se propague en todas partes y todos empezar a tomar conciencia de que es posible una solución y enamorarnos de ella.

Varios momentos en nuestra historia nos han presentado situaciones así, y pudimos empezar a ver que sí había una luz al final del túnel. Cuando ese grupo pequeño de inteligentes del servicio del GEIN se empezaron a unir para buscar una solución sin matar gente. Y estaban permunidos - porque alguna vez me he reunido con algunos de los que quedan - ellos rezaban y trataban de pedirle a Dios cómo hacer para poder solucionar este problema sin matar. Y pacíficamente sin disparar un solo tiro, resolvieron un problema que nos llevaba ya muchísimos años.

Para eso estamos hoy día aquí, para que compartiendo el Pan del Señor, ante Él mismo renovemos nuestra capacidad de intuir. Intuir es algo mucho más profundo que planificar y calcular. Hoy día el Papa ha dicho: “No comemos este Pan para calcular cuánto” le sacamos al Señor, sino para abrirnos a la creatividad del mismo Jesús que supo anunciar su Reino con gestos y signos capaces de penetrarnos y no olvidarnos de Él.

Estamos en el siglo XXI de la venida del Señor, y por esa razón nosotros damos gracias, porque la humanidad está llena desde su aparición entre nosotros, desde su revelación, está poseída de un entusiasmo, de una capacidad de buscar. Cuando vienen los pesimismos siempre está la Iglesia como luz en medio del mundo. Y hoy día les pedimos a todos que al participar de esta experiencia de belleza, tanto Eucarística como física, en nuestro precioso templo y poseídos por la belleza de María, no poseyendola sino poseídos por ella, podamos también auxiliar a nuestro pueblo en este momento desarrollando la imaginación, la prudencia, la entereza, la honradez y suscitara en todos para resucitar el Perú.

Que Dios los bendiga y gracias hermanos y hermanas, salesianos y salesianas por haber hecho esta obra que es un signo de amistad grandioso, precioso.

Yo recuerdo que cuando era universitario, se celebraban aquí las comuniones pascuales universitarias, y venían todos los universitarios y los cadetes también de las Fuerzas Armadas. Demos gracias porque muchas generaciones se han formado en vuestras obras de servicio, en el Colegio María Auxiliadora y en el Colegio Salesiano. Y hemos podido también tener experiencias bellísimas de personas que nos han asistido y nos han acompañado como Don Bosco y Santo Domingo Savio, que acompañaron a los pobres y a los jóvenes.

Mil gracias hermanos y hermanas. Y demos gracias al Señor que nos pide que siempre trabajemos, no por el pan que perece, sino por el pan que da la vida eterna, la vida sutil, la belleza y la apertura al mismo Señor que nos ama.